

Era una bonita culebrina de plata maciza, cuyo valor ascendía á veinticuatro mil pesos de oro.

Las minas de Mechuacan habian facilitado el precioso metal para construirla.

Primerósamente cincelado tenia un ave fénix.

Habia una inscripcion dedicando aquella obra al emperador, y debajo, en un precioso tarjeton, se leia la siguiente leyenda:

*Aquesta nació sin par;  
Yo en serviros sin segundo,  
Vos sin igual en el mundo.*

Enviaba tambien adornos y mantas de pluma, ropas de algodón tejido, tigres y otras fieras de las que poblaban los bosques; perlas, muestras de todos los productos de aquellas regiones, y armas de varias clases.

Les entregó asimismo mil quinientos cincuenta marcos de plata para don Martín Cortés, su padre, con objeto de que atendiese á sus necesidades, y para que le proporcionase armas, artillería, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, lugumbres y otras cosas para mejorar el terreno conquistado.

Un momento despues el buque surcaba majestuosamente las aguas.

Hasta que se perdió de vista saludaron los que le tripulaban á sus amigos y á los muchos indios que habian acudido á presenciar aquel acto.

## Capitulo XXXVIII

Donde Pedro Alvarado pone en manos del emperador  
Cárlas V el rico presente de Cortés.

Alvarado hizo la travesía con toda felicidad.

Diego de Soto fué el que sostuvo la conversacion durante el camino, porque el protegido de Cortés, abismado en sus pensamientos, apenas desplegaba los lábios.

Ansiaba por momentos poner término al viaje, y le parecian siglos los dias que necesariamente habian de pasar antes de llegar á la madre pátria.

Confiaba en la constancia de su amada, pero como hombre de mundo, conocia á las mujeres y no dejaba de sospechar algunas veces si la larga ausencia que le tenia separado la habria hecho cambiar de parecer.

Esta idea le martirizaba, y por eso anhelaba más y más llegar cuanto antes para salir de dudas.

Por fin entró en España, y lo primero que hizo cuanto desembarcó fué oír misa con toda la tripulación, mandando á celebrar á sus espensas una solemne funcion religiosa en accion de gracias á San Telmo, patron de los navegantes.

Despues de asistir con el mayor recogimiento á esta ceremonia religiosa, se dirigió á Valladolid.

Como amigo leal y fiel servidor de Hernan Cortés, quiso cumplir antes la mision que le habia confiado este, que ocuparse de sus asuntos propios.

El rey se hallaba en la córte, y recibió afectuosamente á Alvarado.

—Señor,—le dijo este, inecando la rodilla en tierra:—mi ilustre jefe el conquistador de Méjico, me ha confiado la horosa mision de poner en las reales manos de vuestra majestad estos despachos.

El monarca comenzó la lectura, y á una señal suya se levantó Alvarado, permaneciendo á una respetuosa distancia.

—Justo es,—exclamó cuando se enteró del contenido de aquellos pliegos;—y puede tener Cortés la seguridad de que será complacido en cuanto desea.

Mucho he sentido que por falta de recursos, porque la guerra que venia sosteniendo con los Países-Bajos ha dejado exhausto el Erario, no se le haya enviado ya cuanto pedia en despachos anteriores; pero á Dios gracias con los sesenta mil castellanos de

oro que vos me traeis, podremos atender á esas obligaciones.

—Ahora, si vuestra majestad me concede licencia, voy á ordenar que presenten los regalos que he dejado en la atecámara.

Obtenida la vénia, penetraron en la real cámara más de veinte criados conduciendo aquellos magníficos y preciosos presentes.

El monarca los iba examinando con prolija atencion y respeto á cada uno de aquellos objetos hacia infinitas preguntas.

—Caprichoso es ese manto,—decia, viendo uno tejido de plumas,—y sus colores están combinados de una manera verdaderamente artística.

—Ha pertenecido á uno de los altos dignatarios de Méjico.

—Magnífico es ese tigre, y adornará uno de los ángulos de mi jardin. ¿Y cómo llaman los indios á estas fieras?

—Los llaman jaguares. Los tigres que allí hay son más pequeños que los de Africa, y no tan feroces.

—Pero lo que más me admira es el filo que tienen esas armas. Parece mentira que suplan tan perfectamente, siendo de pedernal, á los cuchillos que aquí usamos.

—Es verdaderamente admirable, y vuestra majestad formará una idea exacta de la perfeccion á que han llegado en este sentido, si me permite decir que usan tambien para sangrarse lancetas de la misma piedra.

Lo que entusiasmó al monarca y excitó su codicial disculpable porque el tesoro real se habia agotado con la guerra, fué la culebrina de plata.

—¿Por lo que se vé,—añadió,—abunda este precioso metal por aquellas tierras?

—No tanto como fuera de desear, aunque en honor de la verdad, mandando operarios y herramientas para el laboreo de las minas, puede prometerse vuestra majestad allegar cuantiosas sumas.

—¿Y quién ha sido el artista inspirado cuyo cincel ha trazado con tan rara perfeccion este ave fénix que adorna la culebrina?

—Un indio de Tezcucó. Es fabuloso lo adelantadas que están allí algunas artes, á pesar de no haber tenido buenos modelos que imitar.

El emperador se fijó en la leyenda que contenia, y no dejó de halagarle lo que expresaban aquellas líneas.

Pocos dias despues se repetian, no sólo en la córte, sino entre el vulgo, y si en este produjeron, gran entusiasmo, despertaron en los cortesanos envidias y rivalidades.

Algunos de estos, sin embargo, queriendo adular al monarca y al que enviaba aquel rico presente, trataron de componer versos alusivos; pero con tan mala estrella, que Pedro de Alvarado decia más tarde á sus amigos:

*Aqueste tiro, á mi ver,  
muchos nécios ha de hacer.*

Continuó el monarca examinado el presente que

le enviaba Cortés, y al concluir dijo á Pedro de Alvarado:

—Para demostrar á Cortés el alto aprecio que hago de cuanto me envia, quiero que vos, como representante suyo, obtengais una muestra de munificencia. Pedid, pues, lo que gustéis, porque es mi real voluntad que quede grabado en vuestro pecho el recuerdo de la mision que habeis venido á desempeñar.

—Ya que vuestra majestad es tan bondadoso, desearia continuar mis servicios en la córte.

—Lo tienes concedido.

Y llamando á un ugiar, hizo que se presentase inmediatamente su secretario para que extendiese el nombramiento con que pensaba agraciar á Pedro de Alvarado.

Este, despues de besar las reales manos del monarca, se retiró satisfecho por la benévola acogida de que habia sido objeto, y acariciando mil proyectos para el porvenir.

Aunque deseaba vivamente ir en busca de su amada, fiel á su deber, se dirigió á Medellin para entregar á los padres de Cortés el dinero que le habia dado el caudillo.

## Capítulo XXIX.

En el que cumple Pedro de Alvarado la segunda parte de la misión que le confiara Hernan Cortés

En aquellos tiempos en que pasa la acción de nuestra historia, tiempos que, dicho sea de paso, hay quien los llama felices, los caminos, ó mejor dicho las carreteras, eran completamente desconocidas entre los habitantes de España

No hay que extrañar, por lo tanto, que Pedro de Alvarado, después de hacer grandes jornadas, tardase ocho días en llegar á un pueblo desde el que aún distaba cuatro leguas el en que había nacido Hernan Cortés.

Aunque, como sabemos, tenía interés el valiente capitán en poner término á su viaje, tuvo que suspenderle contra toda su voluntad.

Sobrevino un fuerte aguacero, y decidió esperar

á que pasase la tormenta en un meson que se divisaba á pocos pasos.

Hallábase la cocina apenas se atravesaba el umbral de la casa, y Alvarado penetró en ella para secar sus ropas, que se hallaban en un estado verdaderamente lamentable.

Junto al hogar, en uno de los poyos, había dos ancianos, al parecer marido y mujer.

Se hallaban preocupados, y las huellas de una inmensa pena revelaba en sus semblantes.

En frente, en otro poyo, había también otro anciano, que dormía á pierna suelta.

La pesadez de su sueño se parecía mucho á la que producen los vapores del vino.

Alvarado saludó respetuosamente al grupo que formaban los dos ancianos, que desde luego le inspiraron las mayores simpatías.

—Acérquese vuesa merced,—exclamó la señora,—que bien lo necesita... ¡Valgame Dios, y cómo viene!..

El caballero que la acompañaba echo en la lumbre dos gruesos troncos de encina y algunas retamas, y la llama que produjeron despertó al hasta entonces indiferente personaje que asistía á aquella escena.

—¡Caramba, y qué sueñecito tan dulce se había apoderado de mí!...

Y soñoliento aún, restregándose los ojos y exhalando prolongados bostezos, añadió al ver á Alvarado:

—Perdone vuesa merced la descortesía; pero,

amigo, los viejos nos dormimos ya, aunque sea de pié, y mucho más cuando se halla uno delante de un fuego tan hermoso.

—Continuad durmiendo si gustais, buen anciano,—dijo Alvarado.—Lo que yo siento es no poder hacer lo mismo.

—No teneis que concederle vuestro permiso,—contestó el caballero, en quien nuestros lectores habrán conocido á don Martin, padre de Hernan Cortés,—lo que es ese, de las veinticuatro horas que tiene el día, se pasa las veinte roncando como un bendito.

—Vamos, señor, que exagera vuesa meced que es un gusto,—exclamó el dormilon, que no era otro que el criado Anselmo.

—Déjale, hombre,—dijo doña Catalina á su esposo don Martin.

Este, dirigiéndose á Alvarado:

—Vos, por lo que se vé, señor caballero, profesais la carrera de las armas. ¿Habeis estado tal vez en la guerra de Flandes?

—No por cierto; pero me he hallado en otras, y he luchado con hordas feroces en países desconocidos hasta ahora.

Un relámpago de alegría brilló en la mirada de los ancianos.

—¿Por ventura venís de las Indias?

—Precisamente.

—¿Entonces conoceréis á Hernan Cortés?

—Es mi mejor amigo; bien es verdad que no hay ninguno que le conozca que no le quiera por su bon-

dadoso carácter, que no le admire por su prodigioso valor.

Alvarado continuó refiriéndoles las mil hazañas que habia llevado á cabo el ilustre caudillo, y durante el relato lágrimas de gozo surcaban las mejillas de sus oyentes.

—Pero si Hernan Cortés ha demostrado que es un valiente, que no hay quien le aventaje en pericia militar, que nadie como él puede dominar las situaciones más difíciles, ha revelado que posee un corazón de los más nobles, de los más generosos.

»Al partir de las Indias me dijo:

»—Ya que vais á España, ved sin pérdida de tiempo á mis queridos padres, reiteradles el cariño que les profeso, y entregadles esta bolsa para que en su vejez no pasen privaciones de ninguna especie.»

Alvarado puso en manos de don Martin el donativo de Cortés.

—¡Ah! Hijo mio,—exclamó don Martin sin poder contener la emocion que le dominaba,—bendito mil veces seas, tú que en todas ocasiones te acuerdas de tus padres.

Y dirigiéndose á Alvarado:

—Permitid, caballero, que os estreche en mis brazos. Vuestra llegada ha sido providencial.

Nos hallábamos completamente sin recursos, porque, aunque hace poco nos envió dinero nuestro hijo, enfermedades gravísimas han agotado mis fondos, y no pareciéndome digno mendigar favores de mis ve-

cinos teniendo un hijo en tan brillante posición, nos dirigíamos á la corte para implorar la protección del monarca, en gracia de los servicios prestados por Hernan.

—Pues ya veis que, á Dios gracias, no teneis que apuraros, Ahora á descansar, que es tarde, y mañana, si lo creéis oportuno, os acompañaré hasta vuestra casa, no sea que en el camino os arrebatén el dinero.

—Mil gracias caballero, por vuestras bondades.

Don Martin y su esposa se retiraron.

Anselmo, que ya habia dormido como un lirón, y además que, como sabemos, tenia comezon de hablar, se quedó acompañando á Alvarado.

No se explicaba que aquel caballero no hubiera traído un escudero, y para salir de dudas:

—¡Y habeis venido solo por esos caminos?

—Completamente solo.

—Pues creedme, es una temeridad. Abundan por estos contornos los amigos de lo ajeno, y pudieran haberos dado un susto.

—Los que nos hemos hallado en cien combates, estamos acostumbrados á desafiar los peligros y á vencerlos.

Alvarado, que tambien tenia necesidad de reposo, se despidió del viejo Anselmo, y este permaneció algunos instantes en el hogar, doliéndose de que el caballero no hubiera traído un criado con quien haber podido echar un párrafo y apurar un jarro de lo añejo.

Al amanecer se pusieron en camino con dirección á Medellin.

Don Martin y su esposa invitaron á Alvarado á que pasase algunos dias en su compañía; y excusándose este, y pretextando graves ocupaciones, despues de dejar en su casa á los ancianos, se dirigió á Castuera, pensando en la alegría que causaria la sorpresa de verle á la que ya era dueña de su corazón.

---

## Capítulo XL.

---

Gilito.

Habia en Castuera un jorobado muy travieso, á quien llamaban Gilito.

En breves palabras vamos á referir su historia.

Hijo de una pasion criminal, sus desnaturalizados padres apenas nació le llevaron á la puerta de un convento de monjas y allí le dejaron.

Cuando á la mañana siguiente abrió el sacristan la puerta de la iglesia para que los fieles acudieran á la primera misa, se encontró con el recién nacido.

Compadecido de él, comunicó al capellan del convento el hallazgo que acababa de tener, y el sacerdote, que era un modelo de caridad evangélica, se encargó del niño, y buscó una aldeana para que le prestara los cuidados de madre.

Desde los primeros años demostró una fácil comprensión, y don Benito Pavon, el capellan de las monjas, se prometió cultivar aquellas felices dotes.

Inculcó en su alma los más sanos principios de moral, y le enseñó el latin.

Su educacion avanzaba rápidamente, y el venerable anciano se prometia que con el tiempo le reemplazarse en su sagrado ministerio.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Una enfermedad dolorosa del anciano minó su salud, y no tardó en bajar al sepulcro.

Cuando esto sucedió, apenas tendria quince años Gilito.

Las madres del convento se dolieron de la aflictiva situacion á que quedaba reducido el protegido de su capellan, y como un recuerdo cariñoso á este, acordaron que Gilito permaneciera en el convento en calidad de demandadero,

No tardó en consolarse el jóven de la pérdida de su bienhechor.

Empezaba á causarle la tutela que ejercia sobre él, y en cuanto se vió dueño de su voluntad abandonó los estudios.

En cambio hizo grandes progresos en la gramática parda.

Maestro en el arte de fingir, tenia engañadas á las madres, y todas se hacian lenguas de él.

Con la travesura y disposicion que le distinguian, habia aprendido en poco tiempo á hacer toda clase de almibares y confituras; tambien hacia acericos y

escapularios, y el truhan los regalaba á las señoras pendientes de la poblacion, obteniendo en cambio pingües ganancias.

Aunque su deforme figura prevenia en contra suya, la expresion de su fisonomía, la agudeza de su ingenio, atenuaban aquel defecto, y más de una dama sintió en su pecho los dardos amorosos que á cuantas mujeres veia disparaba el intrépido Gilito.

La noticia de sus galanteos no tardó en llegar á oídos de la superiora del convento, y comprendiendo que el jóven podria ser un peligro para la comunidad le arrojó de aquella santa casa despues de censurar severamente su desarreglada conducta.

Gilito se alegró en el fondo de su alma de aquella determinacion, porque así podia entregarse con completa libertad á sus aventuras amorosas.

Llegó á ser el coquito de las damas, y durante dos ó tres años no tuvo que pensar en el porvenir.

Pero como en el mundo todo tiene fin, y como las posiciones que no tienen por base el trabajo y la honradez son efímeras, Gilito se vió amenazado por la miseria cuando le faltaron los favores de sus protectoras.

Entonces comenzó de nuevo á confeccionar las mil chucherías que habia aprendido en el convento y á repartirlas entre las casas adonde aún no habia ido.

Llegó, pues, entre otras, á la de Laura Ceballos, y allí encontró nuevos horizontes para su porvenir.

Nuestros lectores recuerdan que Laura de Ceballos era la mujer de Garay, y que cuando este partió

á las Indias obtuvo permiso de su esposo para ir á vivir con una prima suya, casada con un caballero de la córte.

Pero lo que no saben es que poco tiempo despues riñeron por una de esas frivolidades tan frecuentes en las damás, y Laura regresó de nuevo á Castuera.

Precisamente por entonces Carlota Patiño habia renunciado al enlace que le propusieron sus padres, y ya sabemos que, aunque la obligaron á entrar en un convento, consiguió Laura que la devolvieran al mundo, y desde entonces vivieron siempre juntas.

Laura, como íbamos diciendo, admitió á Gilito en calidad de secretario, cargo que desempeñó el jóven con la mayor discrecion.

Manifestábase siempre sumamente respetuoso, y todo hacia creer en él que habia variado por completo de conducta.

La verdad era que no se sentia con fuerzas para emprender la vida aventurera, y queria á toda costa conservar aquella colocacion, que le permitia atender desahogadamente á todas sus atenciones.

Pero un suceso inesperado vino á echar por tierra sus juiciosos propósitos.

La noticia de la muerte de Francisco de Garay llegó á Castuera, y Gilito, interpretando por amor las simpatías que le habia demostrado su ama, se dijo:

—La viuda es todavía un buen bocado; desde que me hallo en su casa he tenido ocasion de saber lo arraigado que estaba en su alma el cariño á su espo-



so. Le ha guardado completa fidelidad; pero tal vez hoy, libre completamente, no quiera hacer una vida tan austera. Me insinuaré, y si logro interesarla, como creo, el casarme despues será cosa muy fácil. Esto me colocará en una posición brillante, porque Laura tiene una fortuna cuantiosa.

Con especiosos pretextos trataba siempre de hallarse al lado de la viuda, y esta, que en honor de la verdad tenia fijo su pensamiento en otra persona, no sospechaba siquiera las intenciones de su secretario, y atribuía su solícita conducta al deseo de consolarla por la muerte de su marido.

Gilito traducía aquella condescendencia por amor, y un día se atrevió á decir á Laura:

—Señora, tiempo es ya de que demos á nuestros corazones la expansion que tanto necesitan.

—No os comprendo.

—Ya es inútil el fingimiento,—repuso Gilito.—Tened en cuenta, y permitidme que os lo diga, que yo no soy un hombre vulgar, y por lo tanto, que no solamente no extrañaré que dejes de rendir ese tributo que se rinde al mundo en estos casos, reemplazando en vuestro corazón al finado en tan breve plazo, sino que me llenaré de orgullo, si, como creo, puedo alimentar esperanzas de ser yo el preferido.

Laura quedó sorprendida ante aquella inconveniente declaración, y su sorpresa se cambió en indignación cuando al manifestar al audaz secretario lo equivocado que se hallaba, contestó este:

—Sed franca conmigo, y decidme que habeis en-

contrado otro que os impresione más que yo. Pero lo que jamás os perdonaré es que me hayais hecho concebir ilusiones, para arrebátarmelas ahora de una manera tan cruel: si no hubiérais correspondido á la pasión que os he manifestado, ¿habríais consentido en recibirme á solas continuamente?

—Salid inmediatamente de mi presencia, si no quereis que á palos os arrojen de aquí mis criados.

Gilito obedeció, y al retirarse dijo, fijando una mirada amenazadora en Laura:

—Quedad con Dios, señora; pero estad segura de que sereis mi esposa.

La idea que entrañaban las palabras de Gilito habia de producir serios disgustos á la viuda, que habian de alcanzar á Alvarado y á su amada Carlota Patiño.

Veamos lo que sucedió.